

Rituales y creencias en torno a la muerte en Santa Cruz Analco, Puebla

Alma Delia Flores Delgado

Presidencia municipal de San Felipe Teotlalcingo/Universidad Cuauhtémoc, Puebla

RESUMEN

En México, la muerte es un acontecimiento que va acompañado de diversos rituales y creencias, los cuales son parte de la cosmovisión, permiten la divulgación del conocimiento de una comunidad y sus características varían de acuerdo con la ubicación geográfica. En Santa Cruz Analco, en el estado de Puebla, bajo las faldas del Iztaccíhuatl, se realizan diversos rituales en torno a la muerte, los cuales van acompañados de diversos objetos tales como un jarro de agua, una vara de trompillo, etcétera. Estos rituales están orientados a asegurar el bienestar del difunto, el éxito de su paso al “otro mundo”, y representa para los vivos un contacto físico y simbólico con este mundo intangible, por lo que es necesario realizar los rituales debidamente para evitar cualquier tipo de daño a los vivos.

Palabras clave: muerte, ritual, creencia, ritual funerario.

ABSTRACT

In Mexico, death is an event accompanied by diverse rituals and beliefs, which are part of the worldview. They make it possible to spread a community's knowledge and their characteristics vary depending on geographic location. In Santa Cruz Analco, in the state of Puebla, near the slope of Mt. Iztaccíhuatl, the people conduct various rituals surrounding death in which they employ objects such as a pitcher of water and a *trompillo* stalk, among others. The aim of these rituals is to ensure the welfare of the deceased, the success of their passage to “the other world,” and for the living it represents a physical and symbolic contact with this intangible world, therefore, it is necessary conduct these rituals properly to prevent any sort of harm from befalling the living.

Keywords: death, ritual, belief, funerary ritual.

La muerte es un acontecimiento común en la vida del ser humano, que la asume y explica de distintas maneras de acuerdo con su cultura. En México se le ve con respeto y devoción, y cada comunidad que integra al país guarda sus propias características según la región donde se ubique. El Altiplano Central es una zona que mantiene características culturales propias, las cuales resulta necesario estudiar para comprenderlas mejor.

La percepción de la muerte se alimenta de dos raíces culturales, religiosas y étnicas: la prehispánica y la española. De éstas surgió un sincretismo cultural y espiritual en torno a este suceso y, con base en la región, esta cultura se fue moldeando y adaptando a lo largo del tiempo. El catolicismo ofreció nuevas imágenes religiosas y concepciones morales de los destinos ultraterrenos del ser humano, así como del temor.

En este sentido basamos el siguiente estudio en una localidad del estado de Puebla, en el que consideramos las siguientes preguntas: ¿cuál es la idea de la muerte en esta comunidad? ¿Cómo se percibe? ¿Qué rituales se llevan a cabo? Sin duda, al responder tales cuestiones observaremos la cosmovisión de la muerte en nuestra comunidad.

Como objetivo general se pretende analizar y describir las prácticas, creencias y significados sobre la muerte en una comunidad rural del estado de Puebla. De acuerdo con los datos generales, esta comunidad pertenece al llamado valle de Texmelucan, que comprende diversas localidades aledañas a San Martín Texmelucan y Huejotzingo, que comparten una herencia nahua y una historia común desde la época prehispánica. Desde épocas anteriores a la Colonia, y hasta nuestros días, el Altiplano Central ha sido escenario de acontecimientos que han dado forma al país desde distintas perspectivas. Sin embargo, en el ámbito regional mantiene una dinámica social propia.

Ubicación geográfica y antecedentes generales de la comunidad

Santa Cruz Analco o Analco de Ponciano Arriaga es una localidad del municipio de San Salvador el Verde, en el estado de Puebla, localizado nueve kilómetros al norte de San Martín Texmelucan y a dos de la cabecera municipal, bajo las faldas del Iztaccíhuatl. Analco proviene de raíz nahua y significa “en medio de dos barrancas y un río”. De acuerdo con el censo del INEGI (2010), cuenta con 2 521 habitantes y se ubica a 2 375 msnm (véase <http://www.inegi.org.mx/sistemas/mi->

crodatos2/default2010.aspx). La principal actividad económica es la agropecuaria (50%), seguida de la construcción y los servicios. El INEGI (2010) registra a la fe católica como la religión con el mayor número de fieles (2 160 personas), seguida de 273 personas no católicas (*idem*, si bien no se especifica a qué religiones pertenecen). Sin embargo, en la población se encuentran cultos protestantes como los testigos de Jehová, la Iglesia evangélica metodista y la de Dios o israelita.

Se podría afirmar que Analco es de origen nahua, ya que pueblos aledaños como San Felipe Teotlalcingo y San Andrés Hueyacatitla se consideran asentamientos prehispánicos, no así para San Salvador el Verde, el cual fue una fundación española cuyos primeros registros se tienen a partir del año 1552. Éste fue poblado por los mismos indígenas que habitaban la región desde la época prehispánica, situación que compartió Santa Cruz Analco después del siglo XVI (Flores, 2010: 31-35).

La población es heredera de una tradición prehispánica y otra colonial, cuyo resultado fue un proceso de sincretismo transmitido por generaciones, nutrido por diversos componentes a lo largo del tiempo.

Definiciones teóricas

Cosmovisión. Para comprender el trasfondo de la práctica funeraria y las creencias en torno a la misma, consideremos algunas definiciones de cosmovisión, entendida como

[...] una visión global del conjunto del universo con la que el hombre intenta captar el sentido que éste tiene para el hombre, no meramente desde una perspectiva teórica, sino también vital, con el objetivo tácito o explícito de que le sirva como marco orientativo de su acción práctica. Los elementos constitutivos de esta visión no sólo son ideas, sino también y sobre todo creencias, juicios de valor, actitudes vitales y sentimiento (*Diccionario de filosofía*, 1996: 99).

Para Catherine Good (2001: 241) la cosmovisión es un proceso histórico y colectivo; no es eterna e inmutable; se construye y reconstruye a través del tiempo y posee contradicciones internas e incongruencias lógicas.

Silvia Limón (2001: 24-25) nos dice que la “cosmovisión es el conjunto de ideas y concepciones que un pueblo tiene respecto a la totalidad del mundo, las cuales consti-

tuyen una forma de aprehenderlo y explicarlo”. Tales concepciones “son expresadas de manera simbólica y han sido elaboradas socialmente con base en la observación de la naturaleza, de las actividades productivas, de la organización social y de la totalidad del universo conocido por un pueblo determinado”.

Ritual. El evento de la muerte de una persona implica rituales funerarios con una significación propia. En este sentido Rodríguez (1991: 100) señala que en un ritual “se trata de reafirmar todo un sistema de significados, renovar en los participantes ciertos estados mentales, a partir de hechos conmemorativos. Lo que el ritual comunica es ideológico al transmitir normas, valores patrones de conducta”. Asimismo, los ritos no sólo son “recurrentes en el tiempo, sino secuenciales; actualizan los mitos al evocar de manera periódica hechos importantes en la vida de un pueblo” (*ibidem*: 70).

Para entender esta dinámica, consideraremos el concepto de ritual de Turner (1988: 21), quien lo define como “una conducta formalmente prescrita, en ocasiones no dominada por la rutina accionaria, y relacionada con la creencia en seres o fuerzas místicas”. También nos dice que las celebraciones rituales son fases específicas de los procesos sociales, por las que los grupos llegan a ajustarse a sus cambios internos y a adaptarse a su medio ambiente. Para él los rituales pueden ser periódicos, de crisis vitales, reguladores o reparadores.

De acuerdo con Limón Olvera, en las ceremonias rituales se incluyen diversos factores y éstas involucran a todos, con lo que permiten redes de intercambio sociales y económicas que funcionarán durante el ritual e incluso después, pero en otro sector.

Por su parte, Lupo (2001: 36) señala que los ritos son actos mediante los cuales se busca conseguir lo necesario para la vida y “conjurar los acontecimientos nefastos y propiciar los faustos”, idea con la que coincido, pues los rituales se utilizan para buscar la protección divina y de esta manera beneficiar cada acto humano que así lo requiera.

Así, el ritual plantea varias características que los autores anteriores describen en sus definiciones, las cuales nos brindan un panorama general de lo que la sociedad que se estudia desea proyectar hacia sí misma, aunada al contacto y la búsqueda permanente con lo divino.

Al mismo tiempo, esto pone de manifiesto un vínculo entre los seres humanos y los componentes ideológicos de la cosmovisión.

Descripción de rituales y creencias

De acuerdo con la tradición de la comunidad, cuando fallece una persona se recurre a diversos rituales, los cuales se acompañan de objetos variados con una utilidad específica para el difunto en su paso hacia el otro mundo.

Los rituales fúnebres duran 12 días. En el primero se reza un rosario; al siguiente se procede al entierro; en los sucesivos nueve días se rezará un rosario diario, y en el último se llevará una cruz al panteón.

Más tarde, en octubre y noviembre, según la causa de muerte,¹ se realiza la “primera ofrenda”, se prepara una comida para los asistentes y se coloca una ofrenda “grande” en comparación con los años venideros, en los que será más pequeña. Al cumplirse un año del fallecimiento, se realiza una misa y se invita a familiares y conocidos a una comida en casa de los deudos.

A continuación describimos lo que ocurre durante los 12 días mencionados.

Primer día. Una vez que la muerte ocurre, la familia más cercana del difunto procede a notificar al resto de los familiares y explicar las causas o circunstancias en que ocurrió, y se permite la constante comunicación entre las personas. Reunida la familia se comienzan los preparativos póstumos para el entierro. Se consigue dinero mediante el apoyo familiar; ya sea donado o prestado, con el que se comprará la caja, la comida y demás artículos necesarios para recibir a familiares, vecinos y conocidos del difunto, quienes asistirán a su casa para despedirlo y “acompañarlo en sus últimos momentos en este mundo”.

El primer día² en que se recibe el cuerpo “en su casa” se procede a la preparación de alimentos, se anuncia el fallecimiento por medio de un sonido local y se invita a la comunidad a un rosario dedicado al cuerpo del difunto, así como a la misa que se realizará al día siguiente.

Durante la preparación de los alimentos son recurrentes las conversaciones en torno al tema sobre las circunstancias de la muerte y los últimos días de vida del fallecido, así como de otras defunciones. Esta última parte se acompaña de relatos

¹ 28 de octubre para los que murieron en un accidente, 1º de noviembre para niños y el 2 para los adultos.

² En algunos casos, al día siguiente se realizan los rituales, según la hora en que llegue el cuerpo. Por ejemplo, si es en la noche se pospone.

sobre la conducta o manera de proceder no común del finado (por ejemplo, que antes de morir haya comenzado a dar consejos a los familiares que lo sobrevivirán), pues con ésta anunciaba en vida la cercanía de su muerte. Asimismo, los sueños de familiares como los padres, hermanos o parejas se interpretan como premoniciones de una muerte cercana e inminente (por ejemplo, soñar con un panteón, una iglesia, una cruz).

Una vez que los familiares reciben al fallecido, se le prepara para su próximo viaje a un mundo extrasensorial. Con base en la tradición católica, una persona moribunda debe recibir los óleos; ya muerta se le hace una misa, rosarios y se entierra. El alma o espíritu desprendido del cuerpo llegará al purgatorio (de acuerdo con los creyentes y la Iglesia católica), donde esperará a ser juzgado para que se le destine al cielo o al infierno según se haya comportado en vida.

Comprado el ataúd para el difunto, los familiares proceden a prepararlo, en primer lugar con un muda de ropa limpia o nueva que usara en vida. Si es menor de edad o soltero, la caja deberá ser blanca y la ropa que utilice también, a modo de reflejar su pureza. Si es adulto y casado, la caja será de otro color, al igual que las prendas. Por lo general lo visten o arreglan los familiares próximos que no se encuentren afectados emocionalmente por el fallecimiento, como tías o primas, incluso hermanas adultas. Cabe señalar que la muerte de un ser querido se acompaña de dolor y tristeza, pues se considera una pérdida, de forma que los siguientes días estarán seguidos de estos sentimientos mediante el llanto de los familiares más próximos.

Dentro de la caja, una vez vestido el cuerpo, se colocan dos “bolsitas de tela”: una con tortillas, por si le da hambre durante el camino, aunque también, según señalan los informantes, para compartir con los perros, de modo que coman y ayuden al espíritu a cruzar un río en el “otro mundo”; en la otra bolsa lleva 13 monedas para pagar o “por si quedó a deber algo en vida”, además de una varita de rosa, tejocote o trompillo (esta última se consigue en el “monte”), de preferencia con espinas, a modo de defenderse, pues durante el viaje se podría encontrar con algún animal o peligro. Se colocan también unos huaraches de cartón que usará para caminar. En algunas ocasiones se incluye un rebozo para las mujeres y un sombrero para los hombres.

Con estos objetos se observa con claridad que se pasa a otro mundo, donde el alma del difunto también posee necesidades físicas que los familiares deben prever, a fin de ayudarlo para que no le haga falta nada en su recorrido y asegurarse de su bienestar.

Una vez que se destina una habitación para colocar el féretro, por lo general frente a un altar familiar, se colocan cuatro ceras en las respectivas esquinas de la caja, flores alrededor, un chilacayote partido a la mitad bajo el ataúd, una cruz de arena al frente, en el suelo, y otra cruz en la cabecera del mismo.

Los niños no deben acercarse al cuerpo, ya que podrían contraer algún “aire” que los enferme, al igual que las mujeres embarazadas y otras personas susceptibles. Para prevenir este mal, ya sea durante el primer día o al siguiente, cuando se va al panteón (lugar donde también podría haberlo), se utiliza una planta llamada ruda para alejar el mal aire, colocada en las orejas o entre el cabello de la persona. En caso de contraer el mal, que se caracteriza por dolor de cabeza y llanto constante en los niños, se recurre al humo del cigarro, el cual se sopla en el rostro para curarlo, o a la limpia con un huevo, alcohol y ruda.

Por la noche se contrata a un rezandero para que dirija un rosario, el cual hace referencia a pasajes bíblicos relacionados con la muerte y la resurrección, dura alrededor de una hora y a donde asisten vecinos, familiares, compadres y conocidos. Todos ellos llegan durante el transcurso del día o la noche para despedirse del fallecido, al que se le deja la tapa del ataúd abierta para que sea visto por las visitas, así como la puerta del cuarto donde se le vela. Los asistentes llevan consigo ceras, flores o alimentos como arroz, maíz, hojas para tamal, aceite y frijol para ayudar a la familia con los “gastos del entierro”. Por la noche se ofrece café, té, atole y pan a los asistentes. El rosario dura toda la noche, con la intención de velar al cuerpo antes de ser llevado al camposanto. Según los informantes, “los cuerpos no se deben dejar solos, porque es malo”. Las ceras se prenden y se dejan encendidas; en caso de que se apaguen, se utiliza una flor para extinguir la llama.

Si el difunto es joven y soltero, se le consigue una “coronita de palmas benditas” y los familiares bailan con ella en el patio de la casa a lo largo de la noche.

Segundo día. Programada la misa, por la mañana se recibe a las personas que asisten a despedirse del difunto, las cuales llevan alimentos, flores o cera y a quienes se les ofrece un desayuno con té y pan. Cuando los recursos económicos lo permiten se contrata una banda de música o un mariachi “para acompañar a la caja”, y más tarde se asiste a la misa. El cortejo fúnebre sale de la casa con una estructura particular. Al frente van los niños y sus madres con flores, seguidos de las señoras, las cuales se colocan el rebozo en la cabeza, y al final los músicos y los varones. El féretro va en medio. Al frente de este último una señora lleva una canasta con pétalos de flores que arroja en el camino, otra

porta un sahumero con incienso y otra más, a un lado, con coronas de flores, reza un rosario a lo largo de la procesión. Cabe señalar que entre las religiones protestantes no se lleva música. Sólo se deja el cuerpo para enterrarlo en el panteón, sin que se le dediquen rosarios (“sólo oraciones”). Sin embargo, en este trabajo nos concentramos en la fe católica, pues su número de fieles en esta localidad es mayor que el de los protestantes.

La caja es cargada por cuatro personas del género masculino, las cuales no deben pertenecer a la familia del difunto, pues se cree que si algún familiar directo la lleva, el fallecido se lo llevará también, aunque todavía no “le toque irse”, tan sólo por tener contacto con el mismo.

El cortejo fúnebre llega a la iglesia, donde es recibido por el sacerdote con agua bendita. Se procede entonces al ritual, donde una vez más prevalecen los pasajes alusivos a la muerte y resurrección, así como la frase “polvo eres y en polvo te convertirás”. Al final de la misa el cura se acerca al ataúd, previamente colocado sobre una base en medio de templo, para arrojarle agua bendita y trazar una cruz de tierra sobre el mismo.

De nuevo se inicia el camino hacia el panteón con el orden antes mencionado: la música de viento toca melodías populares como “Las golondrinas”, “Un puño de tierra” o “Amor eterno”. Al llegar a la entrada del panteón se recomienda que el féretro entre con los pies por delante, pues de lo contrario se corre el riesgo de que el difunto se lleve a alguien más a quien aún “no le toca”. Dentro del panteón se coloca la caja sobre una base de cemento, se reza una oración y se procede a despedirse del muerto.

El día anterior a la inhumación los familiares deberán pagar en la presidencia municipal de la localidad el derecho a fosa (alrededor de 500 pesos si el fallecido vivía en la comunidad y hasta cinco mil cuando venía de fuera). De igual manera se les pide a conocidos o vecinos que se encarguen de cavar la fosa, ya sea un día antes o en la mañana del entierro; los familiares no deben hacer esto, pues el difunto podría llevárselos aun cuando no les haya llegado su hora.

Se coloca una cruz de carrizo en la fosa y se hace un hueco dentro de la tumba, en la pared, sobre la cabecera de la caja, en la que se pone un jarrito de barro con agua bendita y en ocasiones una cruz. El agua es por si le da sed al fallecido durante su viaje al otro lado. Al fondo de la fosa y también sobre la caja se colocarán lajas de cemento, a manera de cuadros, para que no se hunda y “los animales no se coman el cuerpo”.

Cuando se procede al entierro, un familiar dirigirá algunas palabras para destacar las cualidades del difunto y señalar la pérdida por la persona que “se les adelantó”.

Al final del discurso se invita a la concurrencia a una comida en la casa, después del sepelio. A partir de ese momento, o bien al llegar a la casa, se puede repartir alguna bebida alcohólica a los señores o a aquellos que cavaron la fosa.

La comida se elabora, de preferencia, “a como antes se hacía”, con frijoles, salsa y tortillas, pero varía según la casa. Se pueden servir gorditas, sopa, guisado de pollo, chicharrón en salsa, arroz, caldo de camarón con nopales, entre otras. Ante ello, prevalece la idea de que no se debe comer arroz, pues éste evoca a los gusanos que se comen al cadáver; tampoco chicharrón ni cualquier otro tipo de carne, pues se considera que se está ingiriendo al cuerpo y la gente no desea comerlo.

La personas de la localidad asisten porque consideran que deben acompañar a pie al que pereció hasta “su última morada”, de manera que cuando ellas mismas mueran “no se vayan solas al panteón”. En otras palabras, es una actividad de la que se espera reciprocidad.

Del tercer día al décimo primero. Al día siguiente del entierro comienzan las nueve jornadas de rosarios, con la intención de que el difunto encuentre pronto “el camino” y las plegarias sean escuchadas por el ser divino. Una vez más se invita a vecinos y familiares a que asistan por la noche, y al terminar los rezos se les convida con café, té, atole o pan.

Los rosarios se realizan frente a la habitación donde se veló el cuerpo, en tanto que el espacio que ocupó el ataúd se deja libre para colocar ceras, flores a los lados y una cruz en la cabecera.

Tales rezos se dedican al extinto de modo que encuentre el camino hacia Dios y, al escuchar las oraciones, éste lo tenga en consideración y le permita alcanzar la “paz eterna” a su lado. De igual manera se alude o se pide por el descanso de las almas del purgatorio.

En el noveno día se vela la cruz, que se colocará en el panteón por la noche. Para ello los familiares buscan una madrina o un padrino, quienes la comprarán y también pagarán la misa para bendecirla. El color dependerá de la edad y el estado civil del fallecido, como se indicó arriba

Día doce. Los padrinos llevan la cruz a misa y se sigue la misma estructura fúnebre; es decir, niños y mujeres con flores al frente, la cruz y los padrinos al centro y al final los hombres. No se toca música y la concurrencia se reduce a los familiares y vecinos

más cercanos. Tanto en la casa como durante el recorrido y en el panteón se lanzan cohetes. Los padrinos llevan gladiolas, que repartirán entre los participantes.

Al llegar al panteón se entra de frente. Los padrinos colocan la cruz en la cabecera de la sepultura y al terminar el acto reparten galletas (ya sea “de animalitos” o en paquete) e incluso empanadas, refrescos, cigarros y una “cubita” de vino, tequila o anís. Se acompaña así la tumba y finalmente los familiares invitan a todos a una comida en la casa.

Con el transcurso de los días disminuye el “peligro” del contacto con la muerte, así como el temor a la misma, lo que permite a los dolientes reintegrarse en forma paulatina a sus actividades cotidianas.

Entre algunas de las creencias que persisten en la localidad encontramos que el alma o espíritu del que murió se queda en la comunidad durante un año, periodo en el que rondara por los lugares que frecuentaba, como su trabajo y su casa. Se dice que “vendrá a recoger sus pasos”, situación mediante la cual los habitantes se explican los ruidos “extraños” que perciben; por ejemplo, que caiga un objeto desde una mesa, se cierren las puertas de repente o se escuchen canicas rodando en los techos. Asimismo, se afirma que los perros perciben a los espíritus: cuando éstos ladran en grupo desde sus casas, es “porque ven a las almas”. Cuando aúllan demasiado, algunas personas consideran que se debe a que anuncian la próxima muerte de alguien. De igual manera se cree que cuando los tecolotes “chillan” lo mismo ocurrirá. Sin embargo, ante el crecimiento de la localidad estas aves ya no se encuentran como “antes”, en las cercanías, por lo que sólo se les escucha si se va al “monte”.

Consideraciones finales

Cuando la muerte acontece y se llevan a cabo los rituales durante los 12 días ya señalados, las personas de la comunidad entran en una pausa de su vida cotidiana y se exponen al contacto físico y simbólico con el mundo inmaterial o el “más allá” (el puente que conecta al mundo tangible con el intangible), por lo que es importante realizar los rituales ya mencionados en forma debida, de modo que el alma del difunto tenga un buen viaje, descanse junto a Dios y al mismo tiempo se asegure que los vivos no sufran algún daño por este contacto; por ejemplo, como ya se mencionó, que el difunto se “lleve a alguna persona que aún no le toca irse”, se adquiriera alguna enfermedad, o que al estar demasiado cerca del “exánime” o porque alguien le pida que “lo lleve con él”, esto llega a ocurrir en realidad, aunque aún no “le toque” a esa otra persona.

La muerte en la comunidad se mira como algo inevitable, pues cada persona tiene destinado un momento elegido por Dios para su fallecimiento. Esto se constata en una conocida frase que circula entre la población: “Cuando te toca, aunque te quites, y cuando no, aunque te pongas”.

Estos rituales sin duda se orientan a asegurar el bienestar del difunto y el éxito de su paso al “otro mundo”. Además de evitar daños a los vivos (muerte prematura o enfermedad), es necesario llevar a cabo los rituales de manera adecuada para que el alma del difunto no vague en el mundo terrenal y se aparezca ante los vivos. Por eso, durante la entrada al panteón, el difunto debe “entrar de pies” por la puerta principal, es decir, con el féretro orientado de esa forma.

De igual modo se toma en cuenta la edad y el número de fallecidos, cuando se trata de más de uno. Por ejemplo, si ocurre la muerte de 12 personas con edades similares, se les relaciona con los 12 apóstoles de Jesús, los cuales “son necesarios en el cielo”. Así, “Dios” es el encargado de designar la muerte de las personas y los familiares deben respetar su decisión, pero el contacto con la muerte también es un contacto con “el otro”, lo cual resulta peligroso. Por este motivo, aparte de las medidas para evitar cualquier daño, la comunidad participa en la preparación del “cambio de vida del espíritu de una persona”, la cual no se extingue, sino que sólo se traslada “de mundo”. Mediante la donación de alimentos u otros objetos se permite el intercambio de bienes y la reciprocidad, pues cuando acontece otro fallecimiento la ayuda recibida se devuelve. Así, el acompañamiento en todo momento del “extinto” denota la intención de no dejarlo solo, para evitar que “sufra” y que el viaje que está por iniciar llegue a buen término.

Los elementos que integran el ajuar funerario tiene connotaciones prehispánicas. Por ejemplo, con las monedas se tiene en consideración el número 13, el cual alude en el mundo nahua a la cantidad de “cielos” que integran el más allá prehispánico. En cuanto al viaje que se emprenderá por nueve niveles (o infiernos) diferentes, éste se puede relacionar con los objetos colocados en el ataúd para emprender la travesía, así como con las oraciones o rosarios, además de las velas para que encuentre el camino, “la paz eterna y brille para él la luz perpetua”.

Según la cosmovisión de la localidad, los perros poseen una mayor percepción que el ser humano en cuanto a la muerte, pues “huelen, sienten o ven a la misma y a las almas”. Asimismo, éstos no sólo existen en el mundo terrenal, sino también en el más allá. De acuerdo con Alfonso Caso, cuando las almas llegan al Mictlán, el primero de los nueve niveles antes de alcanzar el destino final (según la causa de la muerte) consiste en cruzar por un río caudaloso. Por eso en la época prehispánica a veces el difunto era enterrado con un perro, para que lo ayude a cruzar el río

(Caso, 1985: 78-87). En esta comunidad, cuando los perros fallecen, pueden recibir sepultura en los campos de cultivo, en la casa donde vivieron, o incluso ser arrojados a las barrancas, y el Día de Muertos se les coloca una tortilla frente a la puerta “porque también vienen a comer”.

Así, en el *ethos* de la comunidad se observan elementos nahuas combinados con la religión católica, donde prevalece la idea de un viaje para llegar a un punto específico, así como la relación de la localidad con la naturaleza y consigo misma, por medio del compadrazgo y la ayuda mutua o reciprocidad social, una característica que prevalece en otras circunstancias, como las fiestas.

Bibliografía

- ABBAGNANO, Nicola, *Diccionario de filosofía*, México, FCE, reimp. 1996.
- BÁEZ-FÉLIX, Jorge, *Los oficios de las diosas. Dialéctica de la religiosidad popular en los grupos indios de México*, México, Universidad Veracruzana, 2000.
- BRODA, Johanna y Alejandra GÁMEZ (coords.), *Cosmovisión mesoamericana y ritualidad agrícola. Estudios interdisciplinarios y regionales*, México, BUAP, 2009.
- CASO, Alfonso, *El pueblo del sol*, México, FCE, 1985.
- INEGI, *XII Censo general de población y vivienda*, México, INEGI, 2000.
- DUPEY GARCÍA, Elodie, “Lenguaje y color en la cosmovisión de los antiguos nahuas”, en *Ciencias*, México, UNAM, núm. 74, abril-junio de 2004.
- Enciclopedia de los municipios de México, Puebla. San Salvador el Verde*, Puebla, INEGI/Centro Nacional de Desarrollo Municipal-Gobierno del Estado de Puebla, 1999.
- FLORES DELGADO, Alma Delia, “Sin novedad en la plaza. Crónica de una pandemia. La influenza de 1918 en San Salvador el Verde”, tesis de maestría en historia, Puebla, BUAP, 2010.
- GOOD, Catherine, “El ritual y la reproducción de la cultura: ceremonias agrícolas, los muertos y la expresión estética entre los nahuas de Guerrero”, en Johanna BRODA y Jorge FÉLIX-BÁEZ (coords.), *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, México, Conaculta/FCE, 2001.
- LIMÓN OLVERA, Silvia, *El fuego sagrado, simbolismo y ritualidad entre los nahuas*, México, INAH-Conaculta, 2001.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, “El núcleo duro, la cosmovisión y la tradición mesoamericana”, en Johanna BRODA y Jorge FÉLIX-BÁEZ (coords.), *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, México, Conaculta/FCE, 2001.
- LUPO, Alessandro, “La cosmovisión de los nahuas en la Sierra de Puebla”, en Johanna BRODA y Jorge FÉLIX-BÁEZ (coords.), *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, México, Conaculta/FCE, 2001.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, *Muerte al filo de la obsidiana*, México, FCE, 2004.

- RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, “Folclore, etnografía y etnología en Andalucía”, en Ángel AGUIRRE BAZTÁN (coord.), *Historia de la antropología española*, Madrid, Boixareu Universitaria, 1991.
- SHADOW D., Roberto y María RODRÍGUEZ SHADOW, “Símbolos que amarran, símbolos que dividen: hegemonía e impugnación en una peregrinación campesina a Chalma”, en Carlos GARMA NAVARRO y R. SHADOW (coords.), *Las peregrinaciones religiosas: una aproximación*, México, División de Ciencias Sociales y Humanidades-UAM-Iztapalapa, 1994.
- SIGNORINI, Italo y Alessandro LUPO, *Los tres ejes de la vida. Almas, cuerpo, enfermedad entre los nahuas de la sierra de Puebla*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1989.
- THOMAS, Louis-Vincent, *Antropología de la muerte*, México, FCE, 1983.
- TURNER W., Víctor, *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*, Madrid, Taurus, 1988.
- ZARAUZ LÓPEZ, Héctor Luis, *La fiesta de la muerte*, México, Conaculta, 2000.